

briznas y migajas n° 78

primera semana de noviembre de 2023



Ensayo

Ensayo sobre la política de las estatuas en la edad de la “cancel culture”, por Pierre Vesperini

Pierre Vesperini, publicado el 17 de noviembre de 2021

Unánimemente, la estatua de Thomas Jefferson, uno de los Padres fundadores de los Estados-Unidos, ha sido [retirada del concejo municipal de New York](#). Pierre Vesperini, filósofo especialista en la Antigüedad, lamenta tal decisión. En este ensayo argumentado y muy preciso históricamente, él propone cinco criterios concretos para salir de una *cancel culture* peligrosa y mortífera. Un texto excepcional, tanto por su erudición como por su sentido del matiz, y que nos enorgullece publicar en su integridad.

En estos tiempos de *cancel culture*, ciertamente no es la primera vez que una estatua desaparece del espacio público, ya sea porque haya sido derribada con violencia o sustraída de las miradas por parte de las autoridades con el fin de protegerla, [como se lo hizo con la de Churchill en Londres](#). Muchas estatuas de [Thomas Jefferson](#), tercer presidente de los EE. UU. de 1801 a 1809, han sido por lo demás retiradas o destruidas el año 2020, según el [New York Times](#), especialmente en Georgia y en Oregon. Todas las veces, la decisión estuvo motivada en que Jefferson era un propietario de esclavos: poseía más de seiscientos, y con una de ellas, [Sally Hemings](#), tuvo seis hijos, que fueron seis nuevos esclavos, por supuesto, según el adagio [Partus sequitur ventrem](#), «el hijo sigue al útero», inspirado directamente en el derecho romano.

Pero según mi saber y entender esta es la primera vez que elegidos popularmente deciden *unánimemente* «borrar» («cancel») a uno de los fundadores de la propia democracia que ellos representan. El acontecimiento tiene pues un alcance considerable y merece la reflexión.

¿Por qué las estatuas? Breve pragmática de las estatuas

Antes que nada, tenemos que comenzar por preguntarnos por qué se le erige una estatua a alguien, y empezar afirmando lo que debería ser una perogrullada, pero que ya hoy no lo es: conmemorar un hombre –bajo cualquier forma que sea: estatua, monumento, nombre dado a tal o cual institución, escuela, calle, biblioteca, etc.– no es conmemorar un santo, o un ángel, ni siquiera «*un héroe*», sin ofender a [Boris Johnson](#). Pues los ciudadanos de una democracia informada saben que los héroes sólo existen en los cuentos.

Levantar una estatua es fijar por siglos el recuerdo de un hombre cuyos actos fueron tales que se considera que no se deberían olvidar nunca.

Este carácter de conmemoración se remonta a la Antigüedad. Por lo mismo es en griego o en latín que se pensará lo más exactamente posible lo que se podría llamar *la pragmática de las estatuas*. Una estatua (o una columna, como



la [columna Trajana](#) o la de [Marco Aurelio](#) en Roma) era un *monumentum*, es decir un objeto destinado a «hacer conocer» (*monere*) por siempre el *nomen* –es decir el «nombre», pero también el «renombre»– de quien había «merecido bien de la patria» por las «cosas realizadas» (*res gestae*, literalmente, «cosas realizadas»).

Pero esto no es todo: los hombres conmemorados son además «modelos» (*exempla*) para «imitar» (*imitari*). Esta «imitación» no tiene nada de servil, muy por el contrario. No olvidemos que las ciudades antiguas (incluidas las democracias) son gobernadas por valores aristocráticos, en las que se trata de ser siempre «*el primero*», según el verso de la *Ilíada* ([VI, 208](#): [αἰὲν ἀριστεύειν καὶ ὑπείροχον ἔμμεναι ἄλλων](#), “que tratara de sobresalir entre

todos” y [XI, 784](#): *αἰὲν ἀριστεύειν καὶ ὑπείροχον ἔμμεναι ἄλλων*, “que en valor destacara entre todos los otros”) incansablemente retomado en toda la Antigüedad (era la divisa de Cicerón «[desde su infancia](#)», “*quod a puero adamaram*”^{♦♦}); la gloria de Miltiades [le impide dormir](#), καὶ τὰς νύκτας ἀγρυπνεῖνα^{♦♦} a Temístocles adolescente, porque él piensa que nunca podrá hacer nada que supere en gloria la victoria de Maratón; y en Cádiz, una estatua de Alejandro, vista ante el templo de Hércules, hace que el joven César «*suspire profundamente como lamentando su inacción; y censurando no haber realizado todavía nada digno a la misma edad en que Alejandro ya había conquistado el mundo*» ([Suetonio](#)^{♦♦}). «No haber hecho nada », es decir «*nada memorable*», en el sentido primario de «digno de ser conmemorado» (*memorabilis*).

En todas estas conductas reina pues el principio de la justa, de la «buena rivalidad», como dice [Hesíodo](#), que ha sido objeto de una conferencia muy bella del joven Nietzsche, «La justa en Homero» (1872).

Se trata pues no tanto de «imitar» como de «rivalizar con inspirándose para ello en».

La *imitatio* suponía la reflexión, tanto sobre los actos como sobre las cualidades que los han permitido; pero también una reflexión necesariamente sobre los errores, a veces sobre los crímenes, y sobre las debilidades y los vicios que los habían causado, cuando no peor aún quizás, tolerados.

La memoria monumental instalaba pues un dispositivo permanente de discusión. En las escuelas de los retores (orador (ῥήτορ)) y de los filósofos, donde se educaba a las élites, transcurría el tiempo poniendo a debate la conducta de tal o cual «gran hombre»: ¿Había sido Alejandro Magno un héroe o un pirata? ¿Hizo Cicerón todo lo que pudo por salvar a la República? ¿Vivió Séneca de acuerdo con sus principios?

Las propias estatuas instalaban un espacio de discusión; conmemoraban hombres que frecuentemente se habían combatido con encarnizamiento, a veces hasta la muerte; en el espacio público coexistían los Gracos y Escipión Emiliano, Sila & Mario, César & Pompeyo, etc. Asociándolos, la memoria romana proclamaba que con respecto a la Historia, sus luchas inexpiables se volvían simples querellas, y que sólo importaban sus «actos memorables» (*res gestae*) y lo que los había hecho posibles; a esa mezcla de valentía, de energía y de rectitud se la llamaba *virtus*. **La coexistencia de las estatuas significaba que la acción política era esencialmente conflictiva.**

^{♦♦} < Cicerón, *Correspondencia, Cartas a Quintus*, libro III >

^{♦♦} < Plutarco. *Vida de Temístocles*, cap. III >

^{♦♦} < Suetonio. *Vida de los doce césares*. “Cayo Julio César” VII >

Tal es pues la pragmática antigua de las estatuas. Esta desapareció en la Edad Media; la decadencia había comenzado desde fines del siglo III°. Las invasiones bárbaras y la caída del Imperio romano le darán el golpe de gracia; ya desde comienzos del siglo VI°, Casiodoro denuncia la destrucción de todas las estatuas de bronce y de mármol. Rarísimas fueron las que sobrevivirán, y siempre gracias a malentendidos: se creía que una estatua de Adriano representaba a Cristo, y que otra de Marco Aurelio era de Constantino, el primer emperador cristiano.

Es a los humanistas a los que se les debe el «Renacimiento» de la antigua pragmática de las estatuas, como por lo demás de toda la cultura antigua. Luego terminaron por multiplicarse en el espacio público.

Como acabamos de verlo, y contrariamente a lo que se dice a veces para impedir echarlas por tierra, las estatuas no está ahí para «enseñar Historia» en el sentido en que se lo hace en la escuela. Si así fuera, deberíamos levantarle estatuas a Carlos X[♥] y a Napoleón III^{♥♦}, a Pierre Laval^{♦♦} y al Mariscal Pétain^{♦♥}. Las estatuas, tomadas en su conjunto plural y contradictorio, construyen, a través de figuras tan «memorables» como complejas, *un sistema de valores* que hay que transmitir y defender, encarnar y desarrollar. Es por esto que pueden –y que incluso deben– plantear problema.

Al no ser una estatua un certificado de perfección moral, no soy yo el que tiene la intención de escribir una apología de Thomas Jefferson. No busco probar que Jefferson, lejos de ser «un malvado», era «un gentil», y mucho menos un héroe. Quiero simplemente decir que su estatua no significaba una vida sin tacha, ni siquiera sin crimen, sino que él la había empleado en construir algo grande: el primer régimen democrática del mundo moderno. Jefferson es el principal redactor de la [Declaración de independencia del 4 de julio de 1776](#), que proclamaba por primera vez, en un mundo en el que las jerarquías parecían «naturales», la igualdad de los hombres. Tal declaración comienza con un axioma que presenta como «*verdades evidentes en sí mismas*» lo que por entonces era una paradoja inaudita: «*Todos los hombres han sido creados iguales, dotados por su Creador de ciertos Derechos inalienables, entre los cuales la Vida, la Libertad, y el derecho a la Felicidad*». Es la inspiración directa del primer artículo de nuestra Declaración de 1789.

Por medio de la proclamación de esta igualdad, una forma de régimen político que estaba desaparecido desde la Antigüedad resucitaba literalmente: la democracia, o, como se lo prefería llamar por entonces el *self-*

♥ <último de los borbones, cuyo favoritismo por la iglesia católica y la aristocracia ocasionó la revolución de julio de 1830 que lo sacó al exilio.>

♥♦ <Emperador de los franceses y último monarca de Francia, 1870>

♦♦ <fiel colaborador del Tercer Reich, organizador de la deportación de los judíos franceses>

♦♥ <Héroe de la primera guerra mundial y encontrado traidor y condenado después de la segunda guerra mundial>

gouvernement, a tal punto la palabra «democracia» les producía miedo. Se lo olvida con demasiada frecuencia, a tal punto se razona de manera teleológica, pero en aquella época nadie pensaba que un régimen democrático era viable, ni que la Constitución norteamericana habría de mantenerse durante siglos, siempre enmendada (es decir mejorada) pero nunca cambiada hasta nuestros días. Por esto se dieron debates acalorados, los tormentos y dolores de su concepción. Si cerca de un siglo después, en los años 1860, Abraham Lincoln, por muy molesto y devastado que estuviera por el espectáculo de las masacres de la guerra de Secesión, combate a los Sureños con encarnizamiento, lo hace primero y ante todo para salvar el «experimento» –*the experiment*, la palabra aparece constantemente– del *self-government*, y probar que la democracia es un régimen viable, en un mundo donde no hay sino monarquías, y en el que la Revolución francesa aparecía entonces (incluso para los norteamericanos) como un estallido de locura y de aberración desaparecido rápidamente. Este es todo el sentido de su [Discurso de Gettysburg](#) (1863).

Los res gestae de Jefferson –la fundación de la primera democracia moderna– irradiaron por el mundo entero y han inspirado por todas partes a los que luchan por la libertad. Porque hay que recordar igualmente que por la libertad arriesgó su vida; se olvida demasiado a menudo también, a tal punto la historia oficial afea la Historia, que todos los firmantes de la Declaración de independencia firmaban al mismo tiempo su sentencia de muerte en caso de que la victoria fuera inglesa, que no era nada improbable – y con una muerte infamante, la de los rebeldes a su rey, colgados de una cuerda.

Se entiende por qué se erigió una estatua a Jefferson en 1915 y estuvo hasta este otoño, en la sala del concejo municipal de New York. Y que la Declaración de independencia no hubiera incluido la abolición de la esclavitud, es un argumento que debemos estudiar por separado.

Criterio n°1: que la sombra no oculte la luz

Ahora, ¿en qué condiciones es legítima hacer desaparecer una estatua? **Es preciso que hagamos una primera distinción: se debe distinguir entre las normas que nos rigen, y las que regían la sociedad –o que coexistían, a veces en conflicto abierto– en la época del hombre al que se honra con una estatua.**

Es cierto que Jefferson poseía esclavos. Todas las mañanas, cuando no estaba en Washington, ensillaba su caballo y le daba vuelta a sus granjas. Vigilaba por ejemplo los esclavos, adultos y niños, que trabajaban en [su fábrica de clavos de Mulberry Row](#). Llegaba de mañanita a medir las barras de hierro, y regresaba por la tarde a contar los clavos producidos en la jornada, calculando así la eficacia y el «despilfarro» de cada clavador. También se lo veía, en la recolección del trigo, dirigir a sesenta de sus esclavos, hombres y mujeres, con el fin de transformar la «mano de obra» (*fuerza*) en una «máquina total» (*whole machine*) que «se

desplazaba en un equilibrio exacto», y en la que «ninguna parte [...] podría ser retirada sin que se retrasase el conjunto, ni aumentada sin que se presente un despilfarro de mano de obra». También se ufanaba de «mejorar» (ameliorating) la suerte de los esclavos: había que reconocerles el estatus de seres humanos, ciertamente «inferiores a los Blancos en la escala de los seres», en lugar de ver en ellos simples «propiedades (subjects of property) como [...] los caballos o el ganado». También hizo que se reemplazaran los enormes alojamientos multifamiliares por «cajas» (cabins) familiares. Una visitante de Washington consideró que las «cajas para los esclavos» eran «muy superiores a las que haya podido conocer en otras plantaciones». Sin embargo decía ella que no dejaban de arrojar «un contraste de los más desagradables con el palacio que se levanta bien cerca de ellas»: la vivienda palladiana que concibió el propio Jefferson, [Monticello](#).



El fuese hacía su trabajo. Sus apologistas nos dicen que él mismo nunca manejaba el fuese. Sin duda que era algo peor. Las manos delicadas que manipulaban los *in-folio* de Voltaire y que acariciaban los astrolabios no están hechas para fuesear esclavos. Pero esas mismas manos recibían las cartas donde un yerno le reportaba que ninguno de los esclavos de la fábrica de clavos «había merecido el fuese» el día de hoy, exceptuando los «pequeños que se habían escapado por ahí a corretear»; y también las de un empleado que le denunciaba la «barbarie» del capataz Gabriel Lilly con un niño, «*little Jimmy*», que había sido «fuetiado [...] tres veces en un solo día» y que no era «[capaz luego de levantar la mano a la altura de la cabeza](#)». Jefferson pretendía «aborrecer la severidad», pero primaba el orden. No dudaba por ejemplo en hacer castigar en público a los esclavos que habían tratado de huir. James Hubbard, un joven hombre de veintisiete años, logró escapar luego de un primer intento fracasado seis años antes. A pesar de los avisos de búsqueda, logró escapar a la persecución durante un año. Cuando fue detenido, a alrededor de

cien kilómetros de la plantación, Jefferson lo hizo traer con hierros en los pies a Monticello, donde lo mandó fuetear severamente, meter en prisión antes de venderlo.

Pero ni siquiera se puede decir que para la época no se había comprendido todavía el horror de la esclavitud. Montesquieu, Voltaire, Helvétius, Diderot, la *Histoire philosophique des deux Indes* del abate Raynal, sin hablar de los abolicionistas ingleses, habían puesto la cuestión desde hacía ya tiempos al orden del día. Jefferson tenía contacto directo con Condorcet, con el abate Grégoire, dos adversarios resueltos de la esclavitud, pilares de la «[Société des amis des Noirs](#)» fundada en 1788 (cuando Jefferson se encontraba en París como embajador). En 1791, un matemático y astrónomo negro, Benjamin Banneker, le escribió esto:

“Somos socialmente diferentes, nuestras religiones son diferentes, pero. nuestras diferencias sociales y de color no deben hacernos olvidar que pertenecemos todos a la misma familia humana, a la misma filiación divina”

Benjamin Banneker

Evidentemente que era recordarle a Jefferson lo que él mismo había escrito en la Declaración del 4 de julio. Él le respondió:

“Le agradezco vivamente su carta, me encantó leer las pruebas que Ud. expone: la naturaleza le ha dado a nuestros hermanos negros talentos iguales a los de los otros hombres de colores diferentes, y lo que aparece como deficiencias no es sino el fruto de condiciones de vida degradantes ya sea en África o en América [...] Me tomé la libertad de enviar nuestro almanaque a Monsieur de Condorcet [...] Considero por este acto que ese documento disipará malos entendidos y de alguna manera le dará derecho contra las injusticias que sufren las gentes de su color”

Thomas Jefferson

Como si el envío de un almanaque a Condorcet fuera ¡suficiente para compensar las injusticias que el propio Jefferson le hacía sufrir a los Negros!

Peor aún: él mismo sostenía públicamente que la esclavitud era «*un mancha odiosa*», «*una depravación moral*», contraria a las leyes de la naturaleza, que decretan que cada uno tiene derecho a la libertad: «*Esta abominación debe terminar*», escribía en 1787. Pero termina cediendo en todo. Todo sigue siendo palabras, palabras. Pues si era deseable abolir la esclavitud, decía él, en un régimen de *self-government*, esta abolición no podría ser *impuesta* por el Estado: le correspondía a los propietarios de esclavos el abolirla ellos mismos... El Congreso abole claramente el comercio de esclavos en 1808 (!), y Jefferson esperaba que la esclavitud «*se marchitara ella misma*». Y fue lo inverso lo que se produjo: entre 1810 y 1830, el número de esclavos pasó de un millón ciento treinta mil a... dos millones. «*Tristemente nos hemos engañado*» («*sadly mistaken*»), escribía.

¿Qué hizo Jefferson? Nada. Y lo que hizo fue peor aún, si era posible: cuando en 1804, en la colonia francesa de Santo-Domingo, cuando por primera vez en la historia del mundo una revuelta de esclavos logró cargarse el orden servil de los esclavos, que se inspiraba particularmente en la Declaración de 1776, proclamaron, con su independencia, la república de Haití (su nombre autóctono), sin duda se horrorizó y pensó en las revueltas de esclavos de la Antigüedad. Decretó un bloqueo contra Haití: el hambre debía lograr lo que las armas no habían podido. Y al representante de Napoleón, que buscaba reconquistar la isla para restablecer en ella la esclavitud, le aseguró: «*Nada será más fácil que revituallar su ejército y su flota, y obligar a Toussaint-Louverture a morir de hambre*». De hecho, desde 1799 ya había dicho que era peligroso mantener lazos comerciales con los esclavos de Santo-Domingo: tripulaciones negras eventualmente terminarían por desembarcar en los EE. UU., y esos esclavos emancipados podrían constituir un «*material incendiario*» (*combustion*) para los Estados del Sur. A un contemporáneo suyo le dijo: «*La paz de once Estados no podía permitir que los frutos de una insurrección negra victoriosa sean exhibidos en su seno*».

Hay que decirlo claramente: no hay nada más miserable que el espectáculo de este hombre, de este pensador, que disponía de todo lo que se requería para abolir la esclavitud (el corazón y la inteligencia, la apertura de espíritu y la curiosidad, la valentía e incluso la astucia) y que no hizo nada, vencido por un enemigo más temible que todos los [Cornwallis](#): él mismo, con sus intereses, su suficiencia, su mala fe (que lo conduce por ejemplo a echarle la culpa de la esclavitud a Inglaterra), también un cierto cinismo que lo llevaba a sobre sus amigos franceses abolicionistas o sobre el abbé Grégoire, y además sus molicies, sus cobardías, su amor por el lujo, sus abandonos diarios, sus escrúpulos de un día, sus fantasmas, y las mil servidumbres que lo encadenaban a la sociedad servil.

«[Se necesitaba ser un prodigio](#)», decía él, «para conservar sus maneras y su moral intactas, cuando se ha sido nutrido, educado y arrastrado todos los días a la tiranía.»

Y Jefferson no fue ese prodigio. Fue un propietario de esclavos, es decir un capitalista como los otros. «Considero que una mujer que reporta un niño cada dos años», [escribía todavía en 1820](#), es «una adición de capital». Mientras que Washington había emancipado todos sus esclavos en su testamento, Jefferson sólo liberó cinco, particularmente los dos hijos que había tenido con Sally Hemings. Pero a todos los otros se lo vendió. De suerte que los dos hijos de Jefferson, que ya eran libre, tuvieron que asistir impotentes a la dispersión de sus esposas y de sus hijos, vendido a diferentes compradores. Jefferson estaba paralizado por

las deudas y, obviamente, las pequeñas preocupaciones financieras de sus herederos tenían que tener prioridad sobre su conciencia filosófica. «Las condiciones», precisaba el *Richmond Enquirer*, «serán interesantes y los precios bajos». Fueron vendidos en total 156 hombres, mujeres y niños (especialmente a profesores de la universidad de Virginia, que él había fundado), y dispersados al venderlos. Según los términos de uno de ellos, [Peter Fossett](#), arrancado de su familia en 1827, ellos no debían nunca volverse a ver «antes de su reunión en el otro mundo». Jefferson poseía pues realmente esclavos, y con pleno conocimiento de causa. Su legado bien pudo ser reivindicado, con toda legitimidad, por los sudistas; si tenía previsto «mejorar» la esclavitud era precisamente porque no estaba pensando en abolirla.

Es pues absolutamente justo plantearse la cuestión del mantenimiento de su estatua.

Pero Jefferson poseía esclavos en una sociedad donde era corriente tenerlos. La mayor parte de los *leaders* de la revolución norteamericana provenían de Virginia, donde se encontraba el 40% de la población servil, y eran, como Jefferson, propietarios de esclavos, comenzando por Washington & Madison, el principal redactor de la Constitución. De hecho, entre 1788 y 1848, solo tres presidentes de los EE. UU. no tuvieron esclavos. Jefferson era racista en un mundo donde la noción de raza pasaba corrientemente por ser uno de los resultados más indiscutibles de la ciencia moderna. Él quería que inmediatamente después de su emancipación, los negros fueran transportados fuera de los EE. UU., pues «la naturaleza» había establecido «reales distinciones» entre las dos razas, haciendo imposible pensar que vivieran, libres las dos, la una con la otra. La ida de los negros, una vez emancipados, era pensada incluso por Lincoln, antes de que Frederick Douglass, antiguo esclavo que se había vuelto un orador pro-abolición, le hiciera comprender que la patria de ellos se encontraba en los EE. UU.

Toda la gramática filosófica de las élites blancas era racista. Es sumamente lamentable, pero es suficiente con leer [The Metaphysical Club](#) de Louis Menand (2002) para convencerse de ello, a través de los ejemplos desoladores de Peirce, de William James o de Oliver Wendell Holmes. Y lo mismo le pasó al joven **Clemenceau**, opositor republicano del Segundo Imperio, heredero directo de los Jacobinos «amigos de los Negros», y corresponsal del *Temps* en los EE. UU., en donde echa una mirada absolutamente sin concesiones al racismo y a la mala fe de los antiguos sudistas. Sin embargo este texto que sigue es de su puño y letra:

“Seguramente que todo el mundo estará de acuerdo en que los negros se han mostrado hasta ahora incapaces de fundar algo que por lo menos se parezca, así sea de lejos, a una civilización. Y que es difícil negar que reducidos a la servidumbre, se han mostrado, con una única excepción (Santo-Domingo), incapaces de reconquistar la libertad. Sin embargo subsiste la cuestión de saber si son susceptibles de asimilarse los principios de esta civilización blanca, que ellos mismos no han ayudado a fundar, y que se ha desarrollado por fuera de ellos. Esto lo dirá la historia”

Georges Clemenceau, *Lettres d'Amérique*, 1º de agosto de 1870, p. 435.

¡Podemos y tenemos que horrorizarnos con todo esto!. Pero el horror debe incitarnos, no a condenar a Jefferson, sino a buscar comprender esta contradicción. De hecho se la reencuentra en todas las élites «criollas», como lo ha mostrado recientemente Joshua Simon en [The Ideology of Creole Revolution](#) (2017), que propone un acercamiento tan inesperado como convincente entre los «Padres fundadores» norteamericanos y los *libertadores* suramericanos: revolucionarios en su defensa de la libertad, pero incapaces de extender esta libertad a las «minorías de color» y a los pobres en general. Al contrario incluso: las humillaciones sufridas de parte de la metrópolis (Inglaterra o España) exacerbaban sus miedos y su racismo.

La vida de la humanidad, como la de todo ser humano, es una marcha perpetua, donde las detenciones son escasas y duran poco tiempo, donde los acontecimientos no cesan de empujarnos hacia adelante. **En esta marcha, cada paso es un progreso o una regresión.** Mi convicción es que, en la Historia, las regresiones más abisales, y los peligros más graves hoy, no impiden que la humanidad haya progresado y siga haciéndolo. La consciencia humana –y es preciso decirlo tanto más cuanto que dicho progreso está amenazado actualmente por las distopías de los autoritarismos digitales y las pesadillas transhumanistas–, la consciencia humana ha progresado por este largo camino. La Historia no es un puro y simple «matadero (*Schlachtbank*) de los pueblos», para retomar la imagen de Hegel. Entre otras cosas hoy tenemos como testimonio precisamente el horror que inspira la esclavitud a todos nosotros.

Criterio n°2: hombres por desbarrancar

Muy diferentes son los casos en los que las acciones celebradas por una estatua están directamente conectadas a actos que antaño eran juzgados completamente admisibles pero que en la actualidad sólo se los mira con un movimiento de horror; estoy pensando en el «padre de la ginecología norteamericana», James Marion Sims, que practicaba sus experimentos en mujeres negras esclavas, evidentemente sin su consentimiento, y sin anestesia. [Su estatua no tenía por qué seguir estando en las afueras de Central Park.](#)

Lo mismo tiene que pasar con los «grandes hombres» que animaron y favorecieron valores cuya ignominia ha sido sacada a luz hace ya suficiente tiempo y con suficiente claridad como para que sean inexcusables. Es simplemente inconcebible que estatuas de dirigentes y de generales sudistas hayan figurado y todavía sigan en pie en el espacio público norteamericano. Así mismo, no puede ser más justo que queramos [rebautizar las instituciones y las calles italianas que llevan el nombre del rey Vitorio Emmanuel III](#), que firmó las leyes racistas de 1938, o [que la universidad de Princeton le haya retirado el nombre de Woodrow Wilson](#) a su escuela de negocios internacionales, dado su papel activo en la instauración y la legitimación de la segregación racial. **Por esto mi proposición de respetar una segunda regla, para juzgar en estos casos: podemos tumbar la estatua de una persona que habiendo cometido actos reprehensibles no ha aportado, por otra parte, nada bueno ni constructivo a la sociedad.**

Reconozco que los dos criterios que propongo, como todo lo que pretende orientar acciones humanas, no son de aplicación fácil, e implican forzosamente discusión y casuística. Tomemos el ejemplo de la estatua de Churchill en Londres. «*Churchill was a racist*», escribieron en el pedestal de la estatua. Es verdad, y hablar al respecto de «locura» (*lunacy*), como lo ha hecho Boris Johnson, es burlarse del mundo. Y ese racismo le hizo cometer el crimen de la [hambruna del Bengala](#) en 1943. Además se le podrían reprochar cantidad de otras cosas, especialmente [su lucha contra la resistencia comunista en Grecia](#), o también el bombardeo ciego de Colonia, Hamburgo y Dresde, donde perecieron centenares de miles de civiles, hombres, mujeres, niños, partidarios del régimen y opositores todos ellos confundidos, «arios» y «judíos» sin distinción ([Victor Klemperer](#) sobrevivió de puro milagro).

Todo esto es verdad. Estos actos son gravísimos. Pero ellos no pueden abolir las *res gestae* que le merecen a Churchill el reconocimiento de todos: nadie sabe lo que hubiera sido del mundo en caso de una victoria nazi. Él fue el que inspiró, con su sangre fría y su extraordinaria elocuencia, que el peligro multiplicaba por diez, el coraje de resistir en 1940. Léase no más al respecto el [testimonio de Brian Urquhart](#), que esperaba en las playas inglesas el desembarco inminente de las fuerzas alemanas:

“Al final de la guerra, leí el plan de invasión alemán, la operación *Seelöwe* (Sea Lion). [...] Hubiéramos podido prever al menos una parte de esa pesadilla por nosotros mismos, y temblar ante el desequilibrio grotesco de las fuerzas, pero afortunadamente, Winston Churchill había captado nuestra imaginación. Esa voz retumbante e indomable nos dijo por la radio que era nuestro mejor momento (*‘our finest hour’*). Y a falta de efectivos, de armamento, de experiencia o de entrenamiento adecuados, sus palabras fueron nuestra mejor, y por qué no decirlo: nuestra única defensa”

Brian Urquhart

Retirar su estatua es reducir a nada ese ejemplo casi sin parangón de energía, de lucidez y de valentía. Pero hay algo peor aún, si se lo puede

pensar: en el fondo es no hacer distinción entre él y Hitler. Pues si se retira su estatua, es porque se lo considera moralmente indigno. Porque positivamente sería un monstruo que debe ir a reunirse con los otros monstruos de la ignominia de la Historia, con aquellos a los que simplemente no es posible erigirles una estatua.

Dado el interés y la extensión de este texto, nos vemos obligados a presentarlo completo en dos cuadernos consecutivos, declarar esta como la primera parte y proponer para la próxima semana la segunda parte.

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, octubre 23 de 2023